

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

OSCAR LEWIS, *Life in a Mexican Village: Tepoztlán restudied*. Urbana, Ill.: University of Illinois Press, 1951. Pp. 512.

La obra es producto de un estudio que Oscar Lewis, catedrático de la Universidad de Illinois, hizo de la vida del pueblo de Tepoztlán en el Estado de Morelos, México. La investigación realizada por un grupo de trabajadores científicos bajo la dirección del autor en los años 1943-1948, fué patrocinada por el Instituto Indigenista Interamericano de México y el Instituto Nacional Indigenista de los Estados Unidos.

Para el lector mexicano es interesante señalar la circunstancia de que Tepoztlán ha atraído desde hace veinticinco años la atención de viajeros e investigadores norteamericanos. Hasta la publicación de la obra de Lewis existían por lo menos dos libros dedicados a ese pueblo, *Tepoztlán—a Mexican Village*, de Robert Redfield y *Mexico, a Study of Two Americas*, del conocido escritor Stuart Chase. Redfield pasó en Tepoztlán el año de 1926 y —probablemente impresionado por la belleza del paisaje— llegó a la conclusión de que los campesinos de allí vivían en una especie de paraíso rousseauiano. Luego, en su deseo de denigrar la civilización mecánica de su propio país (esto pasó durante la Gran Depresión), Stuart Chase elevó a Tepoztlán por las nubes. Ciertamente, en Tepoztlán no se percibe tanta pobreza como en muchas otras aldeas mexicanas; pues ese pueblo conservó siempre casi todas sus tierras comunales o municipales, y esto tiene que reflejarse forzosamente en el carácter de sus habitantes, un carácter más independiente. Pero Tepoztlán ha estado bien lejos de un comunismo primitivo, como lo demuestra la obra de Lewis.

He aquí algunos resultados que pueden interesar al lector mexicano y que se refieren a la evolución social de la aldea en este siglo. La situación de Tepoztlán en 1910 era la siguiente: una gran parte de la población carecía de tierras y no se le permitía utilizar tierras comunales; la mayor parte de estas gentes trabajaba en haciendas azucareras y en tierras de caciques; la vida económica y política del pueblo era dominada por caciques o jefes políticos impuestos por el Gobierno del Estado.

Tenemos aquí el fenómeno curioso de un pueblo que había defendido con éxito sus abundantes tierras comunales, pero no en beneficio de sus pobres sino de sus caciques que con el fin de obtener mano de obra barata para sus tierras impedían el cultivo de tierras comunales por aquéllos; en segundo lugar, tendían a considerarlas como su propiedad —el caso de un cacique que “vendió” partes del bosque para la construcción del ferrocarril México-Cuernavaca—; creo que también las utilizaban como pastizales para su ganado, pero impedían al campesino pobre hacer lo mismo. En fin, el caso era de una corrupción del sistema comunal indígena-campesino.

Lo anterior es importante en vista de la frecuente interpretación de la

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Revolución Mexicana como una lucha entre la hacienda y el pueblo, en lo que se supone que los pueblos eran organizados sobre una base democrática y que los campesinos que vivían en ellos tenían automáticamente acceso a las tierras comunales. A lo menos el caso de Tepoztlán es distinto. Allí, la Revolución consistió no sólo en una lucha horizontal contra las haciendas, lucha por recobrar algunas tierras comunales, sino también en una lucha vertical de la masa campesina contra los caciques, un grupo semi-feudal con incipientes tendencias capitalistas.

La Revolución ha tenido éxito no sólo porque permitió a Tepoztlán reconquistar tierras comunales sino también porque la mayor parte de sus campesinos tienen actualmente tierras de cultivo propias, la diferenciación social ya no es tan marcada y los pobres pueden utilizar tierras comunales.

Recientemente se puede observar en Tepoztlán una tendencia opuesta que Lewis no logró captar y que, si pudiera actuar libremente, quizás produciría con el tiempo una situación análoga a la de 1910. Con el propósito de conservar recursos naturales se está frenando la utilización de tierras comunales por campesinos pobres; y luego, la penetración de una agricultura capitalista conduce a una creciente concentración de la propiedad rural.

La evolución social de Tepoztlán en el siglo xx no es sino uno de los muchos interesantes aspectos de la valiosa obra de Oscar Lewis.—*Jan Bazant*, México.

E. LIPSON, *The Growth of English Society: Short Economic History*. Londres: Adam and Charles Black, 1951. Pp. 467.

Esta es la última obra del conocido historiador de la economía inglesa. Para el que ha leído sus obras anteriores, especialmente las clásicas *The Economic History of England*, y *The History of the Wollen and Worsted Industries*, el último libro ofrece pocas cosas nuevas.

Solamente me gustaría hacer notar que el autor parece haber rectificado sus conceptos anteriores en lo relativo a la cuestión del capitalismo en la Edad Media. Según sus demás obras, los principios del capitalismo inglés datan del siglo xiv, y eso solamente en la industria textil.

Ahora, Lipson sostiene que había elementos capitalistas también en la agricultura medieval inglesa, que utilizaban mano de obra parcialmente proletaria de los *cottarii* (campesinos pobres); en segundo lugar, la construcción y la navegación, como también el complemento de ésta, la construcción de barcos, vivieron prácticamente libres de restricciones gremiales, sin duda gracias a la movilidad inherente en esa clase de actividades; finalmente, la minería de carbón, importante a partir del siglo xiii, la de estaño, plomo y hierro, junto con la metalurgia, no obstante la presencia de grupos

EL TRIMESTRE ECONÓMICO

de "mineros libres" (artesanos), tenían rasgos capitalistas, pues había empresarios, capataces y jornaleros.

"Todas esas industrias —escribe Lipson—, abarcan una esfera demasiado grande para ser consideradas como excepción a la regla general. Podemos concluir que aparte de artesanos gremiales existió un número indefinido de asalariados que trabajaron bajo la dirección de patrones en empresas guiadas por principios capitalistas".—*Jan Bazant*, México.

WESLEY C. MITCHELL, *The Economic Scientist*. Nueva York: National Bureau of Economic Research, Inc., 1952. Pp. x + 387.

Wesley C. Mitchell, The Economic Scientist es una colección de ensayos y artículos sobre la vida, personalidad y obra de W. C. Mitchell, escritos en diversas oportunidades, algunos hace bastantes años, por economistas de la más diversa filiación. La obra está dividida en tres partes: la primera es principalmente de carácter biográfico, mientras que la segunda y la tercera contienen juicios, exposiciones y comentarios antiguos y recientes, respectivamente, sobre la obra de Mitchell, sus contribuciones a la ciencia económica, las características que más distinguieron su pensamiento y actuación como economista, etc.

La parte biográfica pone de relieve la influencia de Veblen y Dewey en la formación de las ideas, actitud y método de Mitchell. Es especialmente útil a este respecto el artículo de Burns, destacando el método cuantitativo de Mitchell y su desarrollo y uso a través de la obra de éste. Es la aplicación de este método a estudios sobre el monto y distribución del ingreso nacional y sobre el ciclo económico y campos afines, así como la filosofía en que se basa el mismo, lo que es quizás más característico en toda la obra de Mitchell, y lo que está más íntimamente vinculado con su renombre como investigador y economista. Para Mitchell lo importante era lo que ocurre en la vida real; la teoría a la cual se llega por razonamiento deductivo debe ser sometida a la prueba de los hechos, verificándola o corrigiéndola mediante la investigación inductiva, en especial mediante el análisis cuantitativo, estadístico.—Mitchell, a fin de poner en práctica lo que predicaba, creó con otros el National Bureau of Economic Research en 1918, y como director de investigaciones él mismo dirigió una serie de estudios, en especial sobre ciclos económicos, que le han dado justa fama y que constituyen punto obligado de referencia para toda teoría que se elabore al respecto.

El método cuantitativo era uno de los elementos predominantes en el pensamiento económico de W. C. Mitchell; el otro era el institucionalismo, del cual Mitchell fué considerado como uno de los exponentes máximos. Ambos elementos, estrechamente vinculados entre sí, dado el carácter pragmático de la filosofía institucionalista, dieron por resultado la magnífica obra de Mitchell sobre los ciclos económicos, que destaca por un lado la base institucional de

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

las fluctuaciones en la actividad económica, y aplica por el otro el análisis cuantitativo a la verificación de las hipótesis, como lo exige el método científico.

Pero Mitchell no se detuvo en análisis cuantitativo y en observaciones empíricas, sino que, por el contrario, tiene en su obra aspectos teóricos y generalizaciones económicas muy valiosas, tales como los expresados en el capítulo II de su *Business Cycles*. Desafortunadamente, las contribuciones de Mitchell a la teoría económica han sido subestimadas, en gran parte debido a la atención que recibió su investigación de lo que ocurre en realidad en el ciclo económico.—Paul T. Homan, escribiendo en 1928 la parte de su *Contemporary Economic Thought* dedicada a Mitchell, y reproducida en el volumen que estamos considerando, puso especial énfasis en la importancia de la teoría económica de Mitchell, y la influencia que en la formación de esa teoría tuvo el punto de vista institucionalista, en particular la convicción de que la tarea del economista es la de examinar la naturaleza y funcionamiento de las instituciones sociales a través de las cuales tiene lugar la actividad económica.

Aunque señalando casi siempre estos dos elementos fundamentales en el pensamiento y obra de Mitchell, método cuantitativo e institucionalismo, los otros ensayos y artículos reproducidos en este volumen ponen de relieve otros aspectos de ese pensamiento y obra: J. M. Clark señala la contribución de Mitchell a la teoría de los ciclos económicos, y comenta extensamente sobre sus métodos estadísticos; A. B. Wolfe dedica especial atención al método y objetivos de la ciencia económica según Mitchell; T. W. Hutchinson señala la obra de Mitchell como historiador de la teoría económica; Alvin Hansen, la influencia de Mitchell en cuestiones de política económica y su papel como reformador social, etc. Debemos, finalmente, mencionar el artículo de J. A. Schumpeter, por la posición más crítica que adopta y por la defensa que trata de hacer de la teoría y el método económicos ortodoxos frente a algunos de los muchos ataques que les dirigiera Mitchell. Esto sirve en especial para poner en marcado contraste dos posiciones algo extremas y por lo tanto muy divergentes, aunque la presión de las circunstancias y la presencia cada vez más evidente de la realidad está forzando a los economistas ortodoxos a hacer concesiones que llevan inevitablemente a la reformulación de toda la teoría económica.—Santiago P. Macario, México.